

# EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 16 DE JUNIO DE 1895

Num 10.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi

Víctor Jerez

SECRETARIO DE REDACCION:

Isaías Gamboa

Co-REDACTOR:

J. Antonio Solórzano

## El baile presidencial

La casa presidencial abrió sus salones la noche del 10 del corriente, para recibir á la sociedad que acudía, invitada anticipadamente, á una reunión de confianza. Se celebraba el primer aniversario de la entrada á esta capital del ejército que hizo la gloriosa campaña de Occidente.

La lista de señoras, señoritas y caballeros que acudieron á la elegante mansión del General Gutiérrez, es numerosa. Las páginas del *carnet* que los cronistas usamos solo para tomar notas, fueron insuficientes para contener tanto y tanto nombre distinguido. El *sport*, la prensa, la banca, el comercio, estuvieron dignamente representados en esa fiesta inolvidable.

Los honores de la casa los hicieron el General Presidente Gutiérrez y su apreciable esposa doña Carlota, en quienes son características la finura y la galantería de buen tono.

Vibraron las primeras notas de las cuadrillas de honor á las nueve y media y el salón principal formaba un delicioso conjunto. Sobre la *rusia* blanquísima, deslumbrante bajo la luz plateada de los focos eléctricos, se deslizaban cadenciosas las parejas envidiables. ¡Ah! Era aquello un paraíso, un salón de hadas que celebran una festival! Junto á la rubia, de cabellos de color de jerez y ojos color de *no me olvides*, la morena, que lleva sol ardiente en sus pupilas y promesas voluptuosas en sus labios frescos é intactos. El rizo rubio, en batalla con la suelta cabellera de ala de cuervo; en liza galante, las mejillas sonrosadas y los ojos traviosos, que "bailan el tango", la gracia que es decidora y la sonrisa que es promesa. Era la fiesta referida el torneo de la elegancia, una batalla más que libraba la belleza.

La que se creyó que tendría tiesura é ínfulas de esa que llaman etiqueta, fue la fiesta alegre, en que reinó la cordialidad y la más expansiva franqueza. Dió aquella, que quiso á los principios imponerse con tiranía, paso á esa deidad que lleva la capotilla color de crema llena de cascabeles de plata y los labios llenos de risas y que

grita y hace diabluras; esa, cuyo champagne misterioso enardece la sangre y llena de ensueños las cabezas de veinte años.

El *frac* correcto y el escotado irreprochable fueron vanos pretextos, en aquel salón lleno de *confort*, en que la Musa Alegría había derramado las flores color de iris de su pandero morisco.

Una oleada de encajes; el roce del moaré, el *frou frou* de las faldas al rozar la *rusia*, el breve aleteo de los abanicos; el brillo de los diamantes, eran en los corpiños flores de luz, y en que las cabelleras, estrellas cautivas; el rumorcillo de una risa y la saeta invisible de una frase de amor; el *crac-crac* del lápiz que corre sobre las páginas del *carnet*; la nota negra del *frac* del caballero gentil, á cuya solapa va prendida una gardenia fresca, que languidece de pena, ó el ramito de violetas, que se deshace de celos, al ver cómo los ojos de aquella muchacha, que en un rincón de la sala se da aire con su abanico, son más azules que sus broches; la blancura intachable de una pechera, rivaliza con la *rusia*, que parece tejida con tiras de nieve; el lazo de la corbata, en que chispea un rubí. . . . . Todo esto y más se observa en un salón de baile.

Allí estaban, deslumbrantes, seductoras, felices, María y Teresa Drews, Elvira y Josefina Sagrera, Carmencita Gomar, flor de lis transformada en mujer; Cordelia Guirola, la ideal Musa de los ensueños de oro y de los mirajes de rosa; la simpática y apreciable María Alarcia; Albertina y María Stich, Leonor Meléndez, Clotilde Fiallos, Elvira Urrutia, Hortensia Salazar, la Colomba hechicera cuyos dedos solo saben deshojar verbenas y cuyos labios solo saben estrujar violetas.

La lista de las señoritas es extensa; no las recuerdo todas. Perdónenme las que no ocupan, por un descuido mío, su puesto merecido en esta crónica.

Entre las señoras, tuvimos el placer de ver á doña Mercedes R. de Meléndez, Amelia de Aguja, señoras de Stich, de Sagrera, de Alarcia, de Rodríguez, de Párraga, etc., etc.

A la una y media, el cielo que desde muy temprano se ostentaba amenazante, hizo caer las primeras gotas de lluvia, que poco á poco fue tomando fuerza. Esto contribuyó más á que la fiesta fuese más animada. Iban las bandadas

de notas de la orquesta, á empapar sus alas de agua. Las flores del coqueto jardín, reían bajo la caricia húmeda.

El *bufett*, bien provisto, estaba bajo las órdenes del ya muy conocido Justo Armas.

La fiesta terminó como á las cuatro de la mañana. La lluvia había cesado. Iban las señoritas, envueltas en sus abrigos, y los caballeros, enfundados en sus *ulsters*. Por las calles, se iban rodando los carruajes, que se llevaban, recostadas en sus almohadones, á las que momentos antes, eran vencedoras en un torneo de la elegancia, y en los corazones de todos los que saben cómo y por qué es rojo un labio, azul ó negro un ojo, sonrosada una mejilla; en fin, los que comprendemos la belleza.

Yo. . . . Presenció el desfile en sueños.

Vaya al señor Presidente á su señora esposa, nuestro saludo cariñoso.

CONDE PAÚL.



## Sueños de humo

A la sombra de un uvero  
fuma, fuma su habanero  
con amor,  
á la orilla de una fuente,  
recostado muellemente,  
un soñador.

A través del humo pardo,  
ve que avanza á paso tardo  
una legión  
de princesas y de hadas  
y de vírgenes veladas  
con pudor.

Mas todo eso luego cesa  
y aparece la princesa  
Diamantina,  
que á los cielos sube, sube,  
recostada en tenue nube  
purpurina.

Y el poeta, delirante,  
fuma, fuma, y al instante  
ve trocada  
su visión pura y hermosa,  
en terrífica, espantosa  
mascarada.

Ese cuadro ¡ay! le aterra  
y los ojos luego cierra,  
y dormido,  
á su amada ve que avanza,  
que le besa, y que lanza  
un gemido.

J. ANTONIO SOLÓRZANO.

## La romanza de la luz

Hay un canto perpetuo en ese cielo;  
La escala de la luz riega sus notas  
Sobre esa hermosa página extendida,  
En un raudal de perlas armoniosas.  
Por una clave mágica enlazados  
¡Qué romanza tan dulce y triste forman,  
En gradación serena de colores,  
El apagado *trémolo* del rosa  
Con la *fuga* del lila moribundo!  
Despliega allá el azul toda su gloria  
En pomposo *crescendo*, y su armonía  
Muere en la nota verde de las hojas  
Y en el ritmo impalpable de las nieblas,  
El canto expira.

En tanto, temblorosa,  
En el féretro negro de la noche  
Su hunde fugaz la sinfonía rota.

VICENTE ACOSTA

\*\*\*

## Mimí

A Salvador Díaz.

¡Claro!—La muchacha está enferma de gravedad! Tras una vida loca, desbordada, no era de esperarse nada bueno! El abuso del amor! Sí. ¡Siempre el maldito apetito de la bestia, el deseo implacable de la carne palpitante! Mimí se muere; pero muy despacio, lenta, como una flor enferma, como un pájaro neurótico!

\*\*\*

Allá, en el fondo del cuarto, sumida en una penumbra fastidiosa, está Mimí, la histérica, recostada en un sillón de junco, junto á la ventana, viendo tras el cristal que guarda pesada percalina, el jardín floreciente bajo el tibio y radioso sol de primavera.

—Mimí!

—Ah! muy bien la recuerdo!

—¡.....!

¿La recuerdas, *cher* amigo? ¿Recuerdas aquella jovial Mimí, la hija mayor del viejo banquero burdelés, que vive en la calle de Rivoli? Mimí es una de las tantas víctimas del sensualismo.

\*\*\*

Entre el lujo sibarita, entre el oro que corre á torrentes, creció Mimí. Locuela, vivaracha, con su rostro de un color rosa alegre, pasaba la vida ociosa, como todo sér humano que vive de sus rentas.

Era caprichosa y aún lo es, en su lecho de muerte, junto á su "buen maridito," que tanto la quiere, que tanto la mima y contempla. Gusta de lo exótico, de lo extraño, de lo que tiene sabor

de país lejano, (como toda parisiense refinada). Su gabinete es un estuche reluciente. Los tapices de color claro, llenos de raras acuarelas y sepias; abanicos de seda y sándalo que abren sus anchas alas con bizarría; biombos de laca que ocultan, tras sus telas gomosas y cubiertas de campos de espigas doradas y garzas imperiales, dragones bronceados de horribles fauces abiertas. Sobre los veladores, sobre los mármoles de las mesas, curiosos *bibelots*, bustos de alabastro y porcelana. . . . ¡Todo el Oriente, en la villa de Montigni, en un blanca casa pequeña que oculta, tímida como paloma, sus techos plomizos, entre los árboles frondosos!

Siento niña aún, se enamoró locamente de Renato Caussade, un pobre artista, discípulo de Rodín y que vivía en la calle de *Monsieur le Prince*. Ella gustaba del arte y entonces pensaba en un artista famoso que la mimara como á un pájaro. "En cuentas—se decía ella—René es pobre y no tiene aún gran fama. Qué importa!, junto á mí trabajará con ardor, vencerá á la gloria, que dicen ser una diosa cruel, y . . . seremos muy felices, viviendo el uno para el otro."

Tras locuras sin fin; ramitos de violetas que van; rosas de thé que vienen; besos furtivos; apretones cordiales de manos; vino el final del idilio.

Monsieur Romeé pensó en que Caussade era un buen muchacho y que no estaría del todo mal casarlo con su Jeanne, á quien llamaban, no más por cariño, ¡Mimí!

Se concertó la boda para principios de abril, cuando llegara primavera.

Llegó el día. La boda fue suntuosa. Por primera vez, el rudo pecho de René se vió cubierto por fina pechera nívea y su tronco dorsal aprisionado suavemente en el correcto frac cortado por Prince. Por la tarde, uno de los carruajes del palacio les llevó hasta Montigny, donde el banquero poseía una linda y envidiable "ville."

Mimí ama las flores. Su vida, en otro tiempo, cuando ella estaba buena y sana, se dividía en dos: una para René, su artista, y la otra mitad para sus flores y sus pájaros.

Desde su llegada, el jardín que rodeaba "el chalet" estaba lleno de vida, ébrio de sávia y de felicidad, bajo el cielo azul de mayo. ¡Y con una reina tan arrogante como Mimí! Las rosas se abrían, entre el follaje, más pomposamente; el clavel se erguía con orgullo más real; las violetas se atrevían á asomarse por entre las hojas frescas á contemplar el rostro radiante de su reina. Todas las flores y todos los pájaros le hacían zalamerías y le rendían homenaje. Mimí pasaba así la vida, gozosa, desparramando locamente su alegría.

Caussade vivía recluso en su taller, entre sus mármoles, entre sus bustos, entre sus terracotas y sus acuarelas de firmas ilustres. Nunca se le veía pasear, de brazo con su mujer, por el jardín. Para las flores era desconocido y cuando por casualidad se asomaba por la ventana encuadrada entre madreselvas y resedas, los pájaros huían llenos de miedo al ver esa curiosa barba rubia que parecía que les interrogaba . . . .

Por la ventana abierta brotaba el ¡plic! ¡ploc! metálico del cincel que desbasta y busca la belleza.

Esa vida de solitario que llevaba René resentía algo á Mimí.—"¡Eso, picarón, cuando estamos en el principio, cuando estamos en plena luna de miel!"—A falta de los besos de René, ella gustaba de las caricias de las flores. Tenía por amantes á los pájaros. Un ruiseñor alardeaba de haber picado y sacado miel del rojo labio de "la señorita" y una paloma, desde que vió, á través del escote de Mimí, un albo seno de ésta, se moría de celos, por haber al fin encontrado algo más blanco que su plumón sedoso. ¡Y el artista no tenía ni pisca de celos!

Al fin, obra de Dios ú obra del diablo, quién sabe cómo, el artista se dejó seducir. Mimí le robó de las manos el cincel creador y por sus propias manos, como divino juez, ella misma cerró, con doble llave, la puerta del taller. ¡Allí estuvo todo! Aquello fue entonces una vida loca, lujuriosa. Entre los árboles, estallaba la risa de oro de Mimí, sonaban á bronce las carcajadas francas de René. Los pájaros huían cuando veían pasar á la pareja, enlazados los brazos, y escondían vergonzosos las cabecitas bajo el ala, cuando sorprendían, bajo un árbol, el idilio sensual de los dos amantes. Las flores se preguntaban asombradas:—"¿Quién será este intruso que nos roba todas las caricias de nuestra reina gentil?" El claro arroyuelo veía retratarse en su clara linfa dos caras, jadeantes de placer, sonrojadas, y dos labios unidos en un solo beso.

Poco á poco, de verlos tanto juntos y de sorprender tan seguido sus besos y sus caricias, se acostumbraron y siguieron su vida normal: las flores perfumando, la mariposas amando y los pájaros cantando. Pero. . . ya no tenían soberana. El reino floral esperaba la llegada de otra Brocelianda. . . . .

De tanto amarse, al cabo de algún tiempo, Mimí iba extenuándose; las mejillas frescas y rosadas, iban poniéndose pálidas; en los labios como que un hálito de muerte imperaba.

¡Oh sí! Ella se enfermaba, se adelgazaba. Llegaron de París el papá, la mamá, los hermanos. . . . Y luego, el médico, las medicinas, las tisanas. Mimí pasa el día recostada sobre cojines en un sillón de junco, junto á la ventana que da al jardín y cuyos cristales guardan cortinillas dobles de muselina, que no dejan penetrar la luz y sumen el gabinete en una fastidiosa penumbra.

—¡Claro! Mimí está muy enferma. Tras esa vida de sensuales locuras, tras esa inútil prodigalidad de fuerzas, no era de esperarse nada bueno. Morirá cuando menos se piense, quizá al venir el invierno.

Y el anciano doctor Lecocq, el médico venido expresamente de la capital, se retiraba todas las mañanas después de la visita, moviendo tristemente la cabeza.

ARTURO A. AMBROGI.

1892.

## Íntimas

Qué hacer! No alcanzo á disipar la niebla,  
Que á mi alma envuelve en funeral sudario!  
No me dejes tan solo que hay recuerdos  
Que tienen la tristeza de un osario.

Tu perdón es la luz que se derrama  
En la agrietada y sola sepultura....  
En un rayo de sol que serpentea  
En mis agrios recuerdos de amargura.

No me dejes tan sólo!...tengo miedo,  
Miedo al bullicio que mi pecho anida;  
Tengo miedo á la calma que me has dado  
Para que sufra con valor la vida.

Bien puede el alma tiritar violenta  
Por los rigores de su largo invierno....  
Nos separa una fecha y un recuerdo..  
Y un amargo recuerdo es siempre eterno.

FELIPE VALDERRAMA

Coro.

## Corpus Christi

Bajo el manto áureo de un día de junio, entre sartas de olorosas flores, allá va el sacerdote con su vestidura blanca bordada de oro, llevando en las manos la custodia magnífica que guarda la hostia inmaculada, símbolo admirable ante quien la fe se presenta con los recuerdos de la niñez, con los muchos pesares de la edad madura.

Cuelgan de los balcones las ricas cortinas, la procesión desfila entre arcos de palmas entrelazados y las campánulas azules dan repiques enloquecedores.

Adelante van los niños con el vestido de la primera comunión, ese mismo que mas tarde habrán de echar á perder las pasiones y los odios de los que se complacen en hacer mal.

Llevan los oficiantes el perfumador incensario, y entre nubes de aromas hienden los aires las palomas blancas de la oración.

Felices aquellos por cuyos labios pasa el ala del ruego fervoroso, de la consoladora y humilde petición.

Juega la luz con los verdes ramos que engalanan la calle, pasa la multitud alborozada y grupos de creyentes van ofreciendo oraciones sentidas.

El Corpus es fiesta primaveral: los campos contribuyen á despertar la alegría de la gente de las ciudades, ofrendan sus dones para hacer desaparecer el cansancio abrumador de las diarias faenas. En esto, como en otras muchas, cosas la ciudad vive del campo.

Tienen gran cantidad de atractivos las fiestas semi-campestres. El calor de la civilización

agota las energías, hay que buscar lo que rompe con la monotonía y acarrea la variedad que tanto agrada.

El habitante de los centros de población se ahoga, necesita cobrar nuevas fuerzas en las excursiones veraniegas. De aquí que en estas fiestas en que las calles son hermosas avenidas de plantas no menos hermosas, nos imaginamos estar en retirada finca, aspirando con delicia el aroma vivificante de los campos.

Pero el día de Corpus, por lo menos entre nosotros, presenta un aspecto muy simpático, que no lo tienen las fiestas de la Cruz, ni la huelga de la Semana Mayor: el Corpus es fiesta de los niños, aunque algunos ya mayorcitos tomen parte en ellas, de lo cual los absuelvo de todas veras; porque es disculpable querer gozar de lo que antes se gozó, porque á mi entender hay intensísima emoción en recordar la feliz época en que todo se ignoraba.

Hoy es día de regocijo para nuestros niños, estos pedacitos del alma por quienes tanto nos apenamos y que nos dan fuerza y que nos dan entusiasmo para no desmayar en las empresas.

Los niños hacen hoy su agosto. En el hogar son capitanes, que con banderas desplegadas asaltan las trincheras y rompen las murallas.

Del almacén de juguetes viene el mayorcito convertido en oficial de coraceros, ceñudo el rostro, con ademán resuelto ordena á sus subordinados, que se admiran...pero le obedecen.

En lo apartado de la habitación está la niña encantadora, delicada flor de tres abriles que hace oficios de mamá, pajarito gorgeador que es la delicia de todos. Acaricia su muñeca y absorta en ese trabajo no se cuida de que la contemplan con amor.

A los niños se les hace sonreír con esas ilusiones. ¡Ah que nunca las perdieran! Es trabajo ingrato el de hacer que comprendan la realidad. A medida que más se conocen las cosas va desapareciendo el hechizo.

Esa muñeca es perenne causa de regocijo, como lo es el cañoncito que no dispara. La ilusión es la vida y los niños deben vivir; no es verdad, señora, que U. quiere que su niño viva siempre contento?

LOHENGRÍN

## Rimas

No me mires así!  
Mírame como siempre me has mirado,  
No te alejes, no...no; ven á mi lado...  
"Tengo miedo sin tí".....!

Mis recuerdos! Cuánta tumba  
En su panteón descubrí!  
Hay aún muchas abiertas.....  
¿ Quiénes dormirán allí?

LUIS LAGOS Y LAGOS

## Prosa y Verso

UN VOLUMEN DE 156 PÁGINAS EN 4º

De las prensas de la Imprenta Nacional acaba de salir el libro con cuyo título encabezamos estas líneas. Son las primicias literarias de nuestro querido amigo y compañero Juan Antonio Solórzano, que tuvo la plausible idea de reunir en un solo volumen sus producciones, dispersas en los periódicos nacionales y extranjeros.

El libro es modesto y nos llega sin pretensiones de ninguna clase, sin vanos alardes, ingenio y sencillo, como brotado espontáneamente de una alma joven enamorada de lo bello. Nosotros le hemos recibido como á un antiguo conocido á quien siempre hemos profesado cariño; como á un confidente que ha podido comprender y sentir lo que nosotros hemos sentido y que sabe traducir en límpidas estrofas, sin rebuscamientos, sin andar á caza de las rarezas con que se suele vestir pobres ideas,—los sentimientos más delicados, las ternezas más sutiles, de esas que nacen del alma como el perfume de la flor.

Solórzano es poeta, y lo es por temperamento, por especial condición de su organismo, que se ha manifestado tempranamente sin necesidad de un esmerado cultivo. No ha sido menester para él cursar en las aulas para llegar á comprender la naturaleza y expresar con propiedad lo que ha visto á través del prisma de su inspiración. Ha sentido hondamente, y en su alma ha quedado impresa con luz inextinguible la clara visión de la belleza.

Sentir, eso es todo para él. Y bien visto, poco importa la ornamentación del lenguaje, si en éste ha de reflejarse el alma y han de manifestarse los sentimientos con sinceridad. La belleza, ante todo, no se halla tanto en la forma cuanto en la verdad y naturalidad de la expresión; reflejar, expresar, precisar con exactitud lo que se siente; llegar directamente al fondo de la idea, sin perderse en vanas y oscuras divagaciones; imprimir cierto carácter personal á la obra, de modo que á través de la urdimbre del lenguaje pueda entreverse el alma; ser ingenuo y ceñirse en todo á la verdad; he ahí algunas de las condiciones que á nuestro juicio deben exigirse en toda obra literaria.

No es esto sentar una regla, que, por lo demás, huelga donde existe buen sentido y clara percepción; mas precisa concretar las ideas á ese respecto para que el que va á juzgar pueda, por decirlo así, conocer de cuerpo entero la personalidad del autor. Púedese de esta manera aplicar con más acierto determinado criterio, haciéndose por consiguiente más fácil la apreciación de la obra por el conocimiento del medio en que ésta se ha desarrollado.

De Solórzano se puede decir que tiene estilo propio, personal, bien acentuado. Conociéndole de cerca es como se comprende mejor hasta dónde ha podido reproducirse en sus trabajos. Su

continente es apacible, suave y reposado y en sus maneras se revela cierto abandono y un dejo característicos, que trascienden á todos sus actos; en el fondo abriga una alma sencilla, ingénua y bondadosa. Joven aún, no ha sentido esas grandes conmociones que ponen el alma al borde del precipicio y la sumergen en la honda desesperación de la duda, y, dado el carácter suyo, puede decirse que no llegarán para él días tormentosos que le hagan perder su natural impassibilidad. Los grandes dolores,—como dice un apreciable crítico suyo,—no hallarían asidero en su alma.

De ese estado permanente de su espíritu resulta algo de esa languidez que se nota en sus poesías, destituidas del sabor amargo de los grandes sufrimientos y de las energías que nacen de las desesperanzas irremediabiles. Sus tristezas, parecen más bien las de un adolescente que las de un hombre golpeado rudamente por crueles engaños; sus lamentaciones y sus quejas, saturadas de una dulce melancolía, seméjanse á las de esos jóvenes amantes platónicos que empiezan á sentir las primeras saetas del amor y se desconsuelan cuando sus novias *ideales* no se dignan concederles una sonrisa ó una mirada de amor. Pero esa melancolía, esa tristeza, ese dolor resignado, que se transparentan en los versos de Solórzano, son el resultado de sufrimientos reales, que ha suavizado la reflexión.

Las estrofas sonoras del poeta resuenan en el oído con la misma vibración triste y enamorada de una serenata en una noche tranquila. Nuestro corazón siente al leerlas algo como una caricia, y palpita, como en otro tiempo, impresionado dulcemente por el recuerdo de los primeros amores, ingenuos y apacibles.

Del libro de Solórzano preferimos la parte poética, que es donde él ha puesto toda su alma. La prosa, si es verdad que es correcta, nos parece á veces pálida, artificial y un tanto forzada. Algunos artículos hay, sin embargo, que merecen ser apreciados por la buena elección del asunto y la naturalidad de la narración. Tal nos parece, por ejemplo, el que lleva por título *Acuarela*: es un lindo cuadro lleno de vida y colorido. *Un sueño de noviembre*, *A una señorita* y *Un sueño místico*, son dignas también de ser saboreados por paladares exquisitos.

El prólogo que el autor pone á su libro nos parece un dechado de sencillez y bien decir y tiene cierto sabor de candidez que nos encanta. Desde luego nos sentimos inclinados á entrar en esa vivienda fresquecita y perfumada que el poeta ha tenido el capricho de construir para sus "hijos". Ahí están ellos, "vestidos con sus sencillos trajes de percal", muy limpiecitos, rebozando salud en las mejillas, como que han vivido en una atmósfera pura y se han saturado del perfume embriagante de las flores.

"Ya estáis juntos,—dice el poeta á sus "hijos",—en vuestra humilde casa; ya podré veros á menudo; ya no temo perderos de vista. Siento el placer que siente un padre al calor del hogar, rodeado de sus hijos. Con las caricias de mis amigos, mis hermanos del alma, y con los besos

de *ella*, de la virgen pálida que os ama tanto, basta para que estéis satisfechos."

Y ahora, curioso lector, venid y decidnos si no son verdaderamente adorables estos rozagantes retoños de nuestro querido poeta. He aquí la muestra:

Todas las tardes con la brisa errante  
mi alma te envía una canción, Teresa;  
un suspiro de amor forma la música  
y tu nombre la letra.

Sentado al borde de mi humilde lecho,  
fingiéndome estar cerca de tí, mi bella,  
he repetido esa canción del alma  
en largas horas de letal tristeza.

¿No es verdad que son deliciosas la música y la letra de esa canción? Por nuestra parte os podemos asegurar que la hemos repetido cien y cien veces, "en largas horas de letal tristeza," cuando la imagen de nuestra amada se nos presenta, en las lejanías de nuestro cielo, envuelta en la luz crepuscular de los recuerdos.

"He escrito tu nombre idolatrado  
Y he besado sus letras,  
Repetiendo muy quedo: "¡ Te amo, te amo,  
Como ninguno te amará en la tierra!"

Así, sumergidos en profunda melancolía, pensando en las dichas que se fueron, en las amadas ilusiones de nuestra juventud, hemos recitado estos versos, que guardamos con amor en nuestro corazón, porque responden con fidelidad á un sentimiento que aún permanece intacto en el fondo de nuestra alma.

No preguntes, mi bien, no preguntes  
el por qué de las lágrimas mías,  
ni el por qué del silencio que guardo  
cuando me hablas de amores y dichas.

Tú no sabes, mi amada, no sabes,  
que furioso en mi pecho se agita  
un oceano inmenso de penas,  
que entristece y amarga mi vida.

¡ Oh! no creas, mi amada, no creas  
que no te amo, pues llevo escondida  
la pasión más intensa en el alma....  
Pero soy infeliz, tierna amiga!....

Ay! en vano, en vano te empeñas  
en buscar en mi rostro alegría....  
¡ Desgraciado seré! ..A tí te espera  
un feliz porvenir, bella niña....

Tu me dices que todo lo vence  
el amor; que esperemos el día  
que dichosos seremos.... ¡ Oh virgen,  
virgen casta, que Dios te bendiga!

Y bien! ¿No os parece que el que siente y escribe de tal modo merece con justicia el título de poeta?

Y así como esas que dejamos copiadas, tiene el libro poesías que son verdaderas joyas por su estructura delicada y su armoniosa y fácil versifi-

cación, que se desliza tranquilamente como la corriente rumorosa de un arroyo.

El lector encontrará sin duda en los versos de este poeta cierto sabor heiniano y acaso algunas reminiscencias lejanas de las rimas de Becquer; mas tiene que perdonarle la falta, si realmente la hubiere, en gracia á que no es posible sustraerse á la influencia que ejerce la lectura y á la irresistible atracción de esos poetas inmortales. Diremos, sin embargo, que es tan imperceptible la huella que en Solórzano han dejado éstos, que casi estamos por asegurar que eso más bien se debe á cierta afinidad ó parentesco que suele existir entre las almas.

La lectura de esas páginas sencillas y sentidas dan la medida de la capacidades de Solórzano, y desde luego nos hacen pensar en que si pudiese más empeño y más cuidado en sus trabajos y diese de mano á su natural indolencia, llegaría á ser más tarde un timbre de gloria para nuestra patria, que le contaría en el número de sus mejores poetas. Tiene que luchar, es verdad, con la indiferencia y hasta con las burlas de los necios y los tontos; más ayudado de su buen juicio, su clara inteligencia y su perseverancia, no dudamos que se abrirá paso y llegará triunfalmente á su destino, ciñendo á sus cienes la corona de los privilegiados.

PAUL DE GÉRY

\*\*\*

## Versos

De tela blanca y rosada  
Tiene Rosa un delantal,  
Y á la margen de la puerta,  
Casi, casi en el umbral,  
Un rosal de rosas blancas  
Y de rojas un rosal

Una hermana tiene Rosa  
Que tres años besó Abril,  
Y le piden rojas flores  
Y la niña va al pensil,  
Y al rosal de rosas blancas  
Blancas rosas va á pedir.

Y esta hermana caprichosa  
Que á las rojas nunca va,  
Cuando Rosa juega y vuelve  
En el juego el delantal,  
Si ve el blanco, abraza á Rosa,  
Si ve el rojo, da en llorar.

Y si pasa caprichosa  
Por delante del rosal,  
Flores blancas pone á Rosa  
En el blanco delantal.

JOSÉ MARTÍ.

## De Asueto

Vengo de las afueras, del campo, este domingo de asueto feliz. Mientras la ciudad arde bajo los rayos de un sol canicular, y relumbra el asfalto de los andenes, y el ruido incesante de los carruajes y tranvías que ruedan, produce hastío, el campo es fresco, el aire sano y bajo el verde pabellón de los árboles, un tanto agotados sí, la vida se desliza sosegada, llena de quietud.

Traigo muchas flores silvestres para mis búcaros, muchos asuntos preciosos en mi álbum de notas para mis prosas. Vengo cansado, casi jadeante. Traigo las botas cubiertas de polvo, la cara quemada por el sol y mi frente salpicada de sudor. ¡He andado tanto! ¡La correría á través del campo ha sido tan larga y tan ruda!

En mi cabeza, al aire libre y en plena libertad, han anidado nuevas bandadas de pájaros azules y se rompieron ya capullos nuevos de nuevos ensueños rosados. En mis venas siento cómo bulle la sangre alegremente, y mis mejillas están tintas, como una centifolia tierna.....

Me siento á la mesa, con un apetito enorme. Ah! Aquí esta el buen vino, el inseparable compañero! Y después de beber un vaso, pleno de *Claret*, hago el ataque á los humeantes cosidos. La carne de res, sanguinolenta, frita á la inglesa, con sus papas frías y sus rodejas de cebollas americanas, está riquísima. La tortilla de huevos, buena. Páse! La chuleta de puerco, dorada al horno, aromosa—*chic!*—Páse, también! Y así voy dándole su pase á todo lo que el sirviente ha ido colocando en la mesa. Luego, la taza de café. La sobremesa, en que el espíritu se expande. Enciendo un cigarrillo; y entre chupete y sorbo, reconstruyo, con el poder de la imaginación, los distintos cuadros de mi correría!.....

\*\*\*

Iba, á través del campo, sudoroso como un chicuelo en asueto. Antes de salir de casa, había metido en las bolsas de mi cubre-polvo, los diarios de la mañana y bajo el brazo, como un pintor que va á caza de croquis, llevaba mi álbum de notas. Estaba en San Marcos, un delicioso pueblecito, á tres leguas de la capital, lejos de los periódicos y de los amigos, lejos del café y de la charla desmadejada. Allá, se estén ellos; yo aquí soy feliz, me siento rey y me doy humos de aristócrata que está de temporada

Tiene el campo no sé qué misterioso atractivo para mi alma. Gozo, sumiéndome en el verdor y en la soledad de la montaña. Allá tengo orquesta gratis: la bandada de pájaros de la umbría cercana, soplan sus flautas de cristal y alborotan los ritmos de su garganta. Tengo ópera. Oigo cómo el arroyo cercano, que serpea entre guijas y se oculta, á veces, bajo la grama, canta, con linda voz de tenorino, una romanza, un aria, una *fioriture*. Luego, el follaje, lleno de murmurios, acariciado por la brisa suave, me recita versos, y las flores silvestres desabrochan su corpiño y me

hacen aspirar con deleite el perfume "único" de su carne de seda. En plena nota verde!

La parada la hago en la casita de la finca de un amigo. Me la ofreció él, puso á mis órdenes sus tierras y.....ñeme aquí que soy su huésped la mayor parte de los domingos; pero no huésped inoportuno, (creo yo), por el cariño que me demuestra el mayordomo y por las finezas de su mujer, un bizarro ejemplar de la raza indígena, que ya va casi acabándose. El patio de la casa es grande, poblado de árboles de mango y de zarajos, y escuadrones de gallinas escarvaban con sus patas la tierra, en busca de insectos que devorar, y los gallos, de regio plumaje y postura hierática, hacen sonar su himno de guerra, desde lo alto de los tapiales. Está asentada sobre una loma, que domina un hermoso horizonte. A lo lejos, azulea el dombo de las altas montañas, y va hasta ellas el campo en ondulaciones y quiebras como de mar agitado. El cielo muy azul, el campo muy verde. Blancas palomas posadas en las tejas rojizas de las casas y en la copa de los *paraísos* y los *madre-cacaos*, una parvada de *sanates* y *pijullos* mueven una algazara de los diablos.

Voy por el campo, bajo la sombra de los árboles, queriendo cansarme, procurando que me rinda la fatiga para tener pretexto de dormirme allí, de cara al cielo y al aire libre.

Abro un diario y recorre mi vista esas columnas, sepulcros blancos de tantos talentos brillantes. Ah! Recorrer esas columnas, llenas de un tipo menudo, en que se comenta el suceso del día y se da noticia al por mayor. El editorial es cansado y más aún el folletín de partida que han agarrado á la buena de Dios para ocupar espacio. Los clichés negros, parecen hacer señas á la curiosidad y ..... Doy de repente con un cuento primoroso de Daudet, entre una revista de mercado y el aviso de una nueva joyería abierta al público. Es "El señor Prefecto..." ¡Qué lindo poemita! Y me figuro que soy ese señor prefecto que comienza su discurso, bajo la sombra de un limonero, en mangas de camisa y concluye haciendo versos y mascando violetas. Es una nota de luz, en ese instante. Oigo chillar un *talapo* y creo sea ese pájaro curioso, que al descubrir la calva del pobre prefecto, le preguntaba á un compañero de rama: "¿Que es eso?" Pues tal vez ese pajarraco, que viste traje lila y lleva adornada su cabesita con una pluma gris, se pregunte: "¿Y éste! ¿Qué hace aquí?" Soy, señor mío, un soñador que va en busca de silencio para trabajar.—No tenga Ud. cuidado, no le haré nada. Puede Ud. travesear á su antojo y gritar cuanto Ud. quiera. No me hará ningún estorbo. Vaya Ud. en busca de aquella turba de gorriones, de esos rapaces de sobrepelliz tornasol, é invítelos á tomar un poco de rocío. Aquellas madreselvas, que en la sombra se arrollan y florecen, se les brinda!

Mientras tanto hago como que leo. Abierto en mis manos tengo el periódico; pero mi imaginación va por camino distinto. Se va tras la turba alocada de gorriones que se desgrana de un árbol, como rosario de notas, y se dirige á un arro-

zal en madurez. En el cercano potrero, que tengo bajo mi vista, un hermoso buey come silenciosamente, sin preocuparse de la turba de moscas que le asechan y á las cuales él intenta espantar moviendo su cola y pegándose con ella en las ancas.

Abro mi alma á sensaciones deliciosas y recojo impresiones, como quien guarda en una jaula unos cuantos pájaros. Viven cautivos. Cantan, travesean, y buscan el modo de escabullirse, el modo de huir, porque ansían volver al aire libre que siempre han respirado, á cantar libremente, bajo el cielo y en la copa susurrante del árbol lleno de rocío á la hora del alba. Al primer descuido nuestro, cojen la puerta y se van al bosque. No están aprendiendo á cantar; cantan ya y son maestros. Han cantado en las nupcias de muchas rosas y en los funerales de muchas alondras. Saben que la novia blanca espera, en la ventana llena de luz, al poeta pálido de los versos color de rosa.

En el papel anidan, cuando el amo, cuando el señor lo quiere. Brotan de la pluma, por arte misterioso. ¡Como que estaban en el tintero, dándose un baño en el líquido negro! Pero, entonces.....¿Por qué salen tan blancos, como sale seco un cisne de la onda azul y tranquila del lago? ¿Por qué no sale el plumaje suave, salpicado de perlas negras?

Anidan esos vagabundos en la cuartilla. La fantasía teje el nido, con afán prolijo. Ella les dará calor. Tibieza deliciosa reina en el albergue. Suelta la nidada la vena de su locura harmónica, da vueltas al manubrio de su caja de ritmos. Asoma el pichón nuevo su cabecita torpe al borde del nido y quiere modular una canción, pero no puede. En el relicario de su alma no han cristalizado las notas. No sabe lo que es amor, ni ha amado, jamás. El pájaro que no ha amado nunca sabe cantar. Es necesario amar. Mojado por un beso el pico de ámbar, es flauta que gorgoea cosas del cielo. Yo he oído, una tarde de verano, á un *chiltoto* de plumaje color de naranja madura, declararle su pasión, en canto lleno de *fiorituras* y *ritornellos* cristalinos, á una traviesa compañera suya. El idilio pasaba en una rama de un naranjo, entre azahares y hojas verdes: lindo tálamo!

¡Oh recuerdos felices! ¡Oh cosas frescas!....

Se mueve perezosamente el almendro nuevo, lleno de botones, y se desgrana un collar de rocío y una parvada de hojas marchitas.

ARTURO A. AMBROGI.

—El dolor es una agonía sin muerte.—*Fernan Caballero.*

—Vengo de estar solo en el Prado entre dos ó tres mil personas.—*Pedro A. de Alarcón.*

—Donde duerme el éxito, vela la envidia.—*Gasety Artime.*

## Justo A. Facio

Facio es un poeta prendado del arte: trabaja sus estrofas con escrupulosa atención; engarza las palabras como si fueran perlas; estudia el conjunto y los detalles; gradúa los sonidos, y con atildado acierto los distribuye y enlaza.

Refrena las fogosidades de su temperamento meridional, aprisionando en la vieja cárcel de los moldes clásicos el torrente bullidor de su espíritu arrebatado.

Su musa calza la sandalia griega; lleva sobre los hombros manto imperial y diadema de perlas en la sien.

Sus versos se resienten de sobrada seriedad, carecen á veces de gracia; hay en ellos algo como la impasible y fría actitud de las estatuas; les falta calor, sangre, nervios: no escribe, esculpe; el pensamiento subyuga la sensación; sus estrofas son joyas, no ramilletes; hay en ellas dureza y brillo de diamantes; talla en mármol sus rosas; dispone de una cantera, no de un jardín.

Pero su labor vale, vale lo que muy pocas en América: el buen gusto cotiza á alto precio sus obras. Están hechas para vivir mucho, para vivir siempre.

Facio, con acierto que aplaudo, ha logrado sustraerse á los halagos de la moda: en vano llamó á sus puertas la coqueta deidad; su red de hilos de seda no pudo aprisionar el águila.

No lo tientan los aplausos de la multitud aristocrática; como el que más, desdeña los laureles burgueses; llena con seriedad su papel de poeta y con amor ejerce el sagrado ministerio de la lira.

Sus versos no están al alcance de todos; se necesita para comprenderlos y, particularmente, para gustar de ellos, estar iniciado en el secreto de los refinamientos, poseer la clave que descifra los altos problemas estéticos, ser dueño de la llave de oro que abre la puerta de los talleres clásicos.

Su libro no andará por los obradores de los artesanos ni por las mesas de pino; tiene su puesto en las estanterías de caoba, sobre los pianos de palisandro. Es joya delicada y requiere estuche de marfil ó seda.

No hablan estas estrofas al corazón en el idioma del sentimiento; no siempre conmueven: muchos de los más desgarradores ayes de su alma herida, al pasar por el crisol de su mente, se cristalizan y endurecen.

Sus versos, pues, no serán nunca populares; no hallarán frescas bocas de quince años que los reciten, no robarán tiempo á los estudiantes que sueñan con Espronceda y se enloquecen con Bécquer.

La mayor parte de las gentes recibirá el libro con indiferencia, la envidia escupirá sus iras sobre él. Pero, ¿qué más da? Las uñas no dejan huella sobre el mármol; la ignorancia, amontonando brumas al rededor de esta obra delicada, la amerita y enaltece; será su ruin labor,

“La sombra que hace resaltar la estrella.”

AQUILEO J. ECHEVERRÍA

Imprenta Nacional.